

y sábios escritores se empeñaron inmediatamente en descubrir el error, en refutarlo victoriosamente, y en demostrar las verdades de la religion hasta la última evidencia, de manera que los escritos de los incrédulos no pudieron perjudicar sino á los que gustando la doctrina de los filósofos, porque daba rienda á todas las pasiones, se obstinaban en cerrar los ojos á la luz del Evangelio y de la revelacion, y tratar de culto supersticioso á esta religion que ha hecho la felicidad de los paises en donde ha sido seguida durante el trascurso de diez y ocho siglos.

(AÑO 1725 DE JESUCRISTO.)

LAS SOCIEDADES SECRETAS.

EL siglo XVIII tan fecundo en errores, vió nacer y propagar estas asociaciones secretas y reuniones clandestinas, conocidas con el nombre de francmasonería. La Inglaterra que habia arrojado en nuestra patria los primeros gérmenes de la irreligion, nos envió tambien esta peligrosa novedad. Un Lord ingles estableció en París en 1725, la primera lógiá que hubo en Francia, y pocos años despues se contaron muchas en la capital y en las provincias. Al principio nada ofrecian estas asociaciones de sospechosas, y parecia que nada importaba conocer el secreto de sus iniciados; pero poco despues sospechas graves vinieron á despertar la atencion de las autoridades, y bien pronto se les comunica-

ron denuncias que las pusieron en inquietud. Se descubrió que habia entre los francmasones hombres que meditaban lá ruina del estado y de la religion, que estaban ligados entre sí por medio de horrosos juramentos, y que no revelaban sus designios á los asociados sino con arreglo á sus disposiciones. Las sociedades secretas fueron proscriptas en muchos estados: Clemente XII y Benito XIV las condenaron bajo pena de excomunion. Estas rigorosas providencias que parecia deberian contener el naciente contagio, no sirvieron sino para estenderlo y darle tal vez una direccion mas conocida ácia el crimen y la revolucion. En efecto, desde esta época, los que blasonaron la incredulidad y que han sido los mas señalados durante la revolucion, han tenido la mas grande influencia en las sociedades secretas. Voltaire, Condorsed, Bonneville, Lalande, Volney, los partidarios mas entusiastas de las mudanzas políticas, Mirabeau, Chapelier, Fauchet, han ocupado los principales grados de la francmasonería, sorprendidos de lo maravilloso que ella ofrece de esta afeccion de reserva, de esas pruebas multiplicadas, de las estravagantes ceremonias á que son sometidos los iniciados, muchos escritores han hecho sobre estas reuniones estensas indagaciones: han reunido un gran número de hechos y de circunstancias que tienden á manifestar cuan peligrosas son; han recogido numerosas delaciones que descubrian el espíritu y fin ulterior de la francmasonería; sin embargo, no creian ellos que todos los asociados fuesen cómplices en todas las tramas que allí se maquinan, y que no hubiese en estas reuniones mas que hombres conjurados; pero ellos pretenden

que este es el fin de los últimos grados, y el secreto que no se descubre sino á aquellos cuyos sentimientos están ya bien conocidos. Sea lo que fuere de la realidad de sus aserciones, y aun cuando no todas tuviesen este grado de autoridad que produce la certeza, quedan otras muchas razones para hacer á la francmasonería legítimamente sospechosa. "En efecto, ha dicho un escritor (*) cuando se considera que ella ha nacido con el espíritu de irreligion, que ha crecido con él, que no se ha estendido sino á medida que él hace progresos, que no ha tenido jamas sino hombres incrédulos ó indiferentes, que ha sido siempre vista con desagrado por los hombres firmemente adictos á la fé; entonces no se la puede considerar sino como una institucion mala por su naturaleza, ó al menos peligrosa por sus efectos. Esta desconfianza se aumenta cuando se vé este profundo secreto y la importancia que se le dá: si solo se tuviese un objeto laudable, ¿para qué un tan grande misterio, para qué estos juramentos reprehensibles por el solo hecho de no ser necesarios? ¿Para qué esta afectacion de oscuridad, este language fastuoso de luces, de tinieblas y de profanidades? ¿Para qué estas pruebas y estas ceremonias que parecen encerrar alguna cosa que se tiene empeño en encubrir? ¿No se ha acostumbrado ver en los masones los auxiliares de la filosofia, hombres que con sus ideas de libertad y de igualdad han ensayado la revolucion, han propagado el disgusto de la autoridad y el espíritu de independencia y de innovacion? Así todas las gentes re-

(*) El apreciable autor de las memorias, para servir á la Historia de la Iglesia durante el siglo XVIII.

ligiosas han manifestado constantemente su repugnancia á estas asociaciones misteriosas que la sana política no reprueba menos que el espíritu del cristianismo. Jamas un católico piadoso se ha iniciado en estas lógicas, y el juicio mas moderado que se puede formar sobre el mayor número de los que las frecuentan es, que las ideas de libertad, los banquetes, los desahogos de la alegría, eran un incentivo de que se usaba para inspirarles poco á poco sentimientos y principios que no eran favorables ni al espíritu de la religion ni al orden de la sociedad (†).

(AÑO 1752 DE JESUCRISTO.)

PROGRESOS DE LA INCREULIDAD.

DESPUES de haber manifestado el origen y causas principales de la incredulidad, haremos conocer sus progresos rápidos y sus funestos efectos. A mediados del siglo último, fué cuando la filosofia moderna hasta entonces tímida, reservada y que apenas osaba lanzar de lejos algunos sarcasmos contra nuestros misterios, se quitó, en fin, la máscara, y publicó sin pudor y sin retentiva, la impiedad mas desenfrenada; hacia algunos años, es verdad, que se habian dado grandes golpes á la religion: algunos hombres sin costumbres y sin fé se habian tam-

(†) Véase la obra de Monsiur Barnet, que tiene por título: Memorias para servir á la historia del Jacobinismo, en cinco volúmenes, ó bien el compendio en dos.

bien atrevido á atacar la moral tan pura, y los consoladores misterios del cristianismo; pero rechazados por la opinion pública, no habian tenido por sectarios sino algunos grandes ó ricos que afectaban no creer nada, para que la licencia de sus pasiones no tuviese ningun freno; pero el pueblo aun no habia aprendido á despreciar la fé de sus padres; ni á hollar todo lo que la religion tiene de mas santo y sagrado; mas entonces el filosofismo bajó á las últimas clases de la sociedad: se difundió como un torrente desolador, y llevó por todas partes sus perniciosas doctrinas. Voltaire, el héroe y gefe de los espíritus fuertes de su tiempo, enseñó á sacudir toda sujecion, á no respetar mas el trono ni el altar, y á vomitar sin escepcion los sarcasmos y las blasfemias. Tan luego como se dió la señal, la nueva filosofia se apoderó del espíritu público, inundó la capital y las provincias de un diluvio de malos libros compuestos para todas las edades, todos los sexos y todas las condiciones, ganó hombres perdidos para que los repartiesen gratuitamente en los colegios y en los campos, y nada omitió para difundir por todas partes el veneno de sus funestas doctrinas. La irreligion tomó todos los tonos y todas las formas: se reprodujo de mil maneras diferentes: atacó el cristianismo, ya con las armas del ridículo, ó ya con falsas aserciones; aquí sublevaba á los pueblos contra los reyes, allá á los hijos contra los padres, y por todas partes enseñaba la inmoralidad é independencia. En medio de estos desenfrenos impíos, si alguno queria defender la religion, al pronto violentas sátiras ó malignos epigramas cubrian á un autor apreciable de un ridículo que no podia evi-

tar. Si alguno la atacaba con violencia, inmediatamente Voltaire escribia una carta lisongera al autor D'Alembert, lo preconizaba en las sociedades, y un hombre sin talento era trasformado en un gran escritor. De este modo, en pocos años la filosofia consiguió cambiar el espíritu y el carácter de un gran pueblo: substituyó el gusto de la frivolidad y de las vagatelas al de la verdadera ciencia: diseminó el egoismo en la sociedad: rompió los lazos que unen á los hombres entre sí, y los ligan á la patria: inspiró á todos los particulares esta insaciable sed del oro que de la nacion mas desinteresada y mas generosa, hizo casi un pueblo sin probidad.

Sin embargo, en medio de este trastorno general de todos los principios, el cristianismo tuvo como en todos los siglos, defensores ilustres y santos de una eminente virtud.

La corte ofrecia entonces modelos de una piedad ejemplar: la reina y los príncipes sus hijos, en medio del brillo y de las grandezas, representaban la vida edificante de los primeros cristianos, y madama Luisa su augusta hija, prefirió la santa pobreza de los cláustros, al esplendor de la corona: entró en las carmelitas de San Dionisio, en donde vivió mucho tiempo en la práctica de las mas heroicas virtudes, sometida á todas las observancias de una regla austera, obediente á la voz de una simple religiosa, y no distinguiéndose de las demas, sino por una piedad mas fervorosa y una humildad mas profunda. Cuando tan grandes ejemplos consolaban la piedad de las almas fieles, los obispos y los sacerdotes de la Iglesia Galicana, se manifestaban llenos de ardor y celo por reprimir la licencia de estos es-

critores enemigos del orden y de la moral; y se puede citar con honor á Monsiur Beaumont, Arzobispo de París, tan justamente llamado el Atanasio de su siglo, á Monsiur de Pompignam, obispo de Puy que se señaló muchas veces contra la incredulidad, á Monsiur Dulan, arzobispo de Arlés, que mereció derramar su sangre por la religion que tantas veces habia defendido: á su lado pueden colocarse tantos sacerdotes que por la santidad de su vida y sábios escritos, vengaron á la religion de sus detractores, como tambien Bergier que publicó *el deismo refutado por sí mismo: la certeza de las pruebas del cristianismo; la apología de la religion cristiana &c.*: el abate Güené, en las *cartas de algunos judios portugueses á Monsiur Voltaire*, unió la fuerza de la razon á los chistes mas ingeniosos, y obligó aun á sus mismos adversarios á que lo admirasen: Bullet que puede ser considerado como uno de los mejores apologistas de la religion: Feller, Gerard, Barruel y tantos otros, cuyas obras son tan comunes.

Pero tantos esfuerzos reunidos para contener los progresos de la incredulidad, no pudieron hacer volver los espíritus á las antiguas costumbres y á las creencias de nuestros padres: el mal era muy grande: la seduccion muy lisongera y el error habia echado ya muy profundas raices; nada podia salvar á un pueblo á quien se le habia enseñado á no creer en Dios: era necesario que del abismo de los males en que lo precipitaban, abriese el abismo los ojos y reconociera que lejos de Dios no se encuentra ni verdadera libertad ni verdadera felicidad.



(AÑO 1773 DE JESUCRISTO.)

ESTINCIÓN DE LOS JESUITAS.



LA estincción de los jesuitas comienza la gran cadena de los funestos acontecimientos que llenarán por muchos años las páginas de la historia, y la filosofia, quitando á la Iglesia estos celosos defensores, parece prepararse para largas conquistas y reposar sobre ruinas. Los jesuitas encargados por su ministerio de enseñar y defender la religion, combatian con una energia y fruto, que jamas se podrá elogiar lo bastante contra la heregia y la incredulidad: sus sábias obras confirmaban la fé de los fieles contra las impías producciones de los incrédulos modernos, y su celo los sostenia contra sus continuas sugerencias: tantos títulos al reconocimiento y á la estimacion de los hombres virtuosos, les atrajeron todo el odio de los enemigos de la Iglesia que resolvieron su ruina: ministros culpables, engañaron á príncipes débiles y sin luces, y la persecucion comenzó á estallar contra los jesuitas. Portugal dió la señal: aquí fué en donde un hombre cubierto de crímenes, habiendo llegado á ganar la confianza de su rey, manifestó todo el furor de un enemigo cruel que persigue víctimas inocentes. Hizo al principio circular en toda la Europa una multitud de libelos, en los que infamaba á los jesuitas con las mas negras calumnias: los acusó de ser cómplices en una horrible conspiracion contra

el rey su Señor, y pidió al soberano pontífice, que fuesen suprimidos: no habiendo podido obtenerlo, los hizo extinguir en todo Portugal, hizo rodear sus casas de soldados que los arrestasen y condujeran á unas horrorosas prisiones, de donde se les sacó bien pronto para amontonarlos sobre bageles que los arrojaron desprovistos de todo sobre las costas de los estados romanos: la España siguió bien pronto este ejemplo, y la Francia no tardó tambien en proscribir á los jesuitas: sus constituciones, decian los obispos en una representacion hecha al rey en 1772, fueron delatadas al parlamento, y en un plazo tan corto, que apenas habria sido suficiente para la instruccion de un proceso particular; sin oírlos, sin admitir sus quejas y sus pedimentos, fueron declaradas por impías, sacrílegas que atentaban contra la Magestad Divina, y contra la autoridad de las dos potestades, y bajo pretesto de calificaciones tan odiosas como imaginarias, fueron cerrados sus colegios, sus noviciados destruidos, tomados sus bienes y anulados sus votos: los despojaron de las ventajas de su vocacion, privándolos de los retiros que habian elegido, proscritos, humillados no eran ni ciudadanos, ni religiosos; sin estado, sin bienes, sin funciones, se vieron reducirse al triste extremo ó de espatriarse, ó de prestar juramentos que su conciencia reprobaba.

¶ Pero tantas persecuciones y ultrages, todavia parecia poco á los enemigos de los jesuitas: quisieron aun obtener del soberano pontífice, su general supresion. La iglesia romana poseia en diferentes reinos algunos terrenos con que los reyes habian gratificado la silla de San Pedro: al punto fueron

confiscados, y los embajadores de los soberanos cerca de la corte romana, declararon que no se devolvieran hasta que se hubiesen estinguido todos los jesuitas: que su aniquilamiento, era el solo medio de restablecer la union y concordia entre la Santa Sede y las cortes estrangeras. Clemente XIV vaciló mucho tiempo: dilató el asunto cuanto pudo: buscó mil medios para salvar á los religiosos perseguidos; pero en fin, urgido mas vivamente que nunca, dió el 21 de Julio de 1773 un breve que suprimia la Compañía de Jesus. De este modo fué disuelto un instituto célebre que habia subsistido mas de dos siglos, y que contaba cerca de veinte mil religiosos consagrados á los penosos ministerios de la enseñanza, de las misiones y á todas las buenas obras.

¶ Cuando el hombre imparcial y desprendido de toda preocupacion, ecsamine á sangre fria la supresion de los jesuitas; cuando considere que sus enemigos no han sido sino los de la religion, ó de la Iglesia, que los crímenes que se les imputan carecen de pruebas y aun de verosimilitud, y que aun cuando fuesen verdaderos, esto solo perjudicaria á algunos miembros; pero no á todo el cuerpo cuya doctrina y costumbres fueron siempre puras; en fin, cuando considere los servicios que han hecho á la Iglesia, las ventajas que han procurado á tantos reinos, las luces que han propagado, el buen gusto que han difundido, este hombre digo, admirado del encarnizamiento con que se ha perseguido á unos pobres religiosos sin escucharlos ni examinarlos, no sé si el deba mas bien llorar á aquellos cuya gloria no ha podido ser manchada por el odio injusto de

tantos enemigos, ó á los hombres que no han sabido conocer que en ellos condenaban la virtud y deshonraban el mérito.

ATENTADOS

CONTRA LA JURISDICCION DEL SOBERANO PONTIFICE.

La supresion de los jesuitas habia sido reclamada como el único medio de restablecer la paz entre la Iglesia y los soberanos, y no vino á ser mas que una señal de discordias y de insurrecciones contra la Santa Sede. De todas partes se lanzaron folletos y libelos contra la cátedra de San Pedro, escritores temerarios, desconocieron sus derechos, despreciaron su autoridad y no se avergonzaron de reproducir el lenguaje y los sistemas de Lutero y de Calvino. En Alemania fué principalmente donde estas peligrosas novedades tuvieron mayor número de partidarios, y en donde algunas universidades bebieron en la obra de Febronio, los sistemas de anarquía y revolucion contra la Iglesia. José II, hijo y sucesor de María Teresa, protegió á estos novadores, é hizo en la disciplina de la Iglesia, innovaciones que tendian nada menos que á producir un cisma: á las escuelas cristianas, hizo suceder escuelas normales, y en lugar de las antiguas cátedras de Teología, hizo establecer seminarios generales independientes de los obispos, é hizo nombrar por una comision especial, profesores infestados de todos los nuevos errores: un gran número de casas

religiosas fueron suprimidas, y otras arbitrariamente absueltas de toda obediencia á sus superiores generales. Las reformas no se limitaron á esto; se habia escrito y publicado que los obispos eran independientes del papa, y que podian dispensar leyes generales de la Iglesia; el príncipe pidió á los obispos, que confirmasen esta doctrina, y algunos prelados tuvieron la debilidad de obedecer las órdenes del soberano. Sobresaltado del peligro que corría esta Iglesia desolada, Pio VI dirigió muchos breves á los pastores y á los príncipes conjurándolos á que no rompiesen la unidad; pero su voz no fué oída, y tomó entonces una resolucioin inesperada: anunció al emperador que su proyecto era dirigirse á Viena: José II lo recibió con respeto, lo trató con los miramientos debidos á su dignidad, y aun modificó algunos de sus edictos: Pio VI dejó entonces la córte del emperador, y se volvió á Roma afligido del poco fruto de su viage; pero consolado por las demostraciones de adhesion y respeto que le dieron los pueblos.

Muy poco tiempo despues de que el soberano pontífice volvió á entrar en sus estados, el cisma que muchos años há amenazaba á la Alemania, pareció consumarse: el emperador en las nuevas ordenanzas, permitió el divorcio en ciertos casos, se constituyó juez de la fé, y usurpó mas que nunca, los derechos de la Iglesia: á imitacion suya, algunos obispos quisieron usurpar tambien ciertos derechos esenciales é inherentes á la primacia de la Santa Sede, los tres electores eclesiásticos y el arzobispo de Salzbourg, se coligaron para disputar al gefe supremo de la Iglesia, el derecho de enviar los nuncios y de

reservarse á él solo la facultad de dispensar en algunos casos graves: reunieron un congreso en Ems, cerca de Coblenz, y allí cuatro eclesiásticos que ellos habian revestido de sus poderes, organizaron una especie de constitucion eclesiástica, que no dejaba al vicario de Jesucristo en la tierra, mas que un vano título de honor, y que trasformaba en otros tantos papas á los que los habian diputado.

Ácia esta misma época, un prelado italiano se sublevaba contra la Santa Silla, y favorecia los errores condenados en repetidas ocasiones.

Ricci, obispo de Pistoia y de Prato, reunia un sínodo, y trasformando á sus curas en jueces de la fé, los hacia tomar resoluciones que destruian toda la gerarquia de la Iglesia, su disciplina y su gobierno: adoptaban en este conciliábulo todas las innovaciones hechas por José II y por los metropolitanos del imperio germánico, y Ricci se abrogaba la facultad de poder dispensar en los casos reservados al soberano pontífice . . . De esta manera todo tendia ácia el cisma, y la Iglesia estaba amenazada de una funesta division, cuando de la Alemania, en donde habian tomado origen todas estas turbaciones, se vieron salir mil reclamaciones contra las novedades que por fuerza se querian introducir: el arzobispo de Malinas tuvo el valor de llevar sus representaciones hasta el pié del trono, de manifestar al soberano el peligro de estas mutaciones, y de presagiar sus funestas consecuencias para la Iglesia y para el estado. José II, contra quien se habian revelado algunos de sus vasayos, fastidiados de sus innovaciones, reconoció, en fin, la justicia de los reclamos del arzobispo, y la mala fé de los consejos que se le

habian dado: y mas cuando los males que resultaban ya de las novedades que él habia intentado introducir en sus vastos estados, le conmovian vivamente. Así es que antes de su muerte que acaeció poco tiempo despues, publicó un edicto para revocar y anular todas las disposiciones anteriores en materias eclesiásticas. Informado el papa por el mismo emperador de una mutacion tan inesperada, escribió un hermosísimo breve á los obispos de Alemania para poner fin y calmar las turbaciones que reinaban en sus provincias; y de este modo se terminaron los disturbios que habian amenazado á la iglesia con una funesta division: pero apenas ella hubo recobrado la calma por una parte, cuando en un reino que hasta entonces no habia tomado parte alguna en los contratiempos que acababa de sufrir, se levantó una horrorosa tempestad que la puso á punto de perderse. Estas son las rigurosas pruebas y los nuevos combates de donde la veremos en fin salir victoriosa y será fácil conocer en medio de ellos, la mano que la sostiene: estas son, repito, las nuevas pruebas que vamos á referir.

(AÑO 1789 DE JESUCRISTO.)

PRESAGIO Y PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

DESDE la fatal regencia de Felipe de Orleans, durante la cual la inmoralidad y la irreligion habian hecho tan rápidos progresos por todas partes, se ma-